

**CARMELO M. BONET**

**Nacimiento, muerte y  
resurrección de "VERBVM"**



**C**ON motivo de esta resurrección de VERBUM, se me han pedido algunas palabras. Voy a decirlas evocando la época de su nacimiento, aunque recordar el pasado sea signo de vejez.

Para el muchacho soñador, lírico, sentimental, Buenos Aires en los primeros lustros de este siglo, era una ciudad inhospitalaria. No se oía hablar sino de negocios. La petulancia del dinero y el lujo ostensivo aplastaban a los pobres enfermos del "mal metafísico".

Algunos en ese entonces descubrimos la Facultad. Y la Facultad nos pareció un pequeño oasis en el inmenso erial. Todos en ella éramos iguales: los ricos y los pobres. A todos nos unía una misma apetencia, la de morar en esferas más altas, la de hacernos mejores por el culto del espíritu.

Allegados, conocidos y gente extraña, preguntaban con sonrisa sobradora: ¿para qué sirve eso? "Eso" era la filosofía y la literatura. ¿Era posible que se perdiera el tiempo estudiando "esas cosas" en un país como éste de tantas posibilidades económicas?

Nosotros mismos no sabíamos muy bien para qué servía "eso". Pero lo cierto es que al llegar la tardecita, después del ajetreo diario, rúmbeábamos, atraídos por imán misterioso, hacia el caserón de la calle Viamonte. E iban cayendo como a una cita, estudiantes, egresados, periodistas, bohemios y algunos escritores ya hechos. En patios y corredores se había improvisado una especie de cenáculo donde se cultivaba, debido a la presencia de compañeras inteligentes, el hablar fino, la frase aguda, el eufemismo preciosista. Y entre chistes, risas y alacraneos, se barajaban filósofos y se discutían poetas.

Alberini, en momentos en que todo el mundo juraba por Spencer, por Comte, por Stuart Mill, parapetado detrás de su Bergson, se entretenía en desinflar vejigas con alfilerazos certeros, anticipándose a la reacción antipositivista que vino poco después. La semilla sembrada por Darío a fines del siglo con *Prosas profanas*, ya estaba fruteciendo. Lugones desconcertaba con su voz multísona. Oyuela defendía la ortodoxia poética irguiendo, como un penacho desafiante, su testa romántica, ya plateada. En los pasillos la discusión se enardecía, la eterna discusión entre "antiguos y modernos". El Vizconde Lazcano Tegui, simpático "fumista", embarcado en las nuevas corrientes, abominaba del pasado y nos escandalizaba diciendo herejías de Cervantes. En medio del corro solía destacarse el jopo de Giusti, agitado como un airón de pelea. A su lado Bianchi, sonriente y perdiendo diarios por todos los bolsillos, pensaba en la Revolución Social. Enrique Banachs, autor de los mejores versos de esos días, se arrimaba a los grupos tímido y sonambúlico. Leumann, el futuro novelista, se plantaba frente a las muchachas y empinándose un poco, con voz recogida les elogiaba los "divinos ojos". Melián Lafinur lucía su silueta de lord. Y en Carlos Obligado ya asomaba el *gentleman* que ha sido siempre. Ravignani, atado por faenas burocráticas, apenas podía participar del mentidero de los corredores. Era, como hoy, leche hirviendo, pero bondad profunda y alegría sana. Julio Noé, con aire de escéptico cansado ya revelaba su ponderable saber.

Algunos del grupo murieron: Jorgito Cabral, quien nos apabullaba con sus corbatas *dernier cri* y su desenvoltura diplomática. Ipiña y Achával, dos bohemios y dos promesas. Solía verse alguna vez a Juan Fosé Frugoni: ojos pequeños y hundidos, melena lacia y renegrída, cutis trasnochado, talante de conspirador.

A muchos no cito porque son de otra camada. A "ellas" tampoco. Después de tantos años, sería impertinencia. Para más de uno, ellas eran aquel imán de que hablaba.

Queríamos a la Facultad. Nuestro espíritu iba madurando entre sus paredes. En ella nos pusimos en contacto con profesores que eran honra del país, y en ella se anudaron nuestras mejores amistades. Y porque la queríamos nos dolía cierta hostilidad difusa con que desde su nacimiento la han envuelto la incultura de unos, la incomprensión de otros. Hostilidad difusa que está lejos de haberse disipado. Un hecho reciente lo prueba: se ha reformado la ordenanza municipal de premios de estímulo a la literatura y una de las innovaciones ha consistido en suprimir al representante de la Facultad en el jurado. Estorbaba. ¿Pero, cómo quejarse, si hasta algunos de sus hijos, ofuscados por pasiones de política casera, han hecho cuanto les fué posible para desacreditarla? Demos vuelta la hoja.

Y bien, VERBUM se fundó hace 25 años, continuando la obra del "Boletín", para defender a la Facultad de la insidia y de la mala fe, para ir exhibiendo sus valores y mostrando el fruto de sus esfuerzos. La pretensión era ingenua. No teníamos experiencia ni recursos para tanto programa. Y empezó siendo una voceilla infantil, un vagido de párvulo. Más tarde, con el crecimiento de la Facultad y, por consecuencia, del Centro de estudiantes, adquirió categoría. Salieron números dignos de aparearse con las mejores revistas. Y el viejo padre sonreía, satisfecho, desde su rincón. Luego el cisma, la lucha enconada terminó con esta tradición de cultura que se iban pasando como una antorecha olímpica, las sucesivas generaciones estudiantiles. Hoy renace de sus cenizas. Ojalá sea para bien. Ojalá realice lo que soñaron sus genitores: hacer de ella un campo de gimnasia para las plumas bisoñas, una tribuna para las veteranas, un lugar neutral de alta polémica y la mejor respuesta a la vieja y torpe pregunta: ¿para qué sirve eso?

CARMELO M. BONET